



Encontrando Esperanza Tras las Rejas: Convertirse en Discípulos que Forman Discípulos en lugares Inesperados

Celebramos el Adviento y la Navidad como estaciones de luz y alegría, pero a veces la esperanza más brillante aparece en los lugares que menos esperamos. A lo largo de los años, he descubierto que ministrar a quienes están en prisión es una de las formas más inesperadas de vivir el llamado de mi carta pastoral HACER de ser discípulos que hacen discípulos.

Mi primer encuentro con el ministerio penitenciario se remonta a mi año de voluntariado en México, en 1989. Una catequista me invitó a acompañarla a una prisión grande. Recuerdo la sorpresa de entrar con apenas controles formales y sentirme un poco desconcertado y nervioso sobre cómo saldría. Sin embargo, lo que más se quedó conmigo fue su simple recordatorio: *"Todos tienen nombre. A menudo se olvidan, pero si te haces sacerdote, recuerda que existen. ¡Mira el rostro de Cristo en ellos!"*

Años después, como seminarista que acompañaba al cardenal Bernardin a la cárcel del condado de Cook para la misa de Navidad, vi ese mismo espíritu de discipulado. No tenía familia en Chicago, pero encontraba alegría en llevar la Eucaristía a quienes a menudo eran olvidados. Me mostró que el ministerio en prisión no es simplemente un deber, sino un momento de gracia. Es una oportunidad para ser discípulo que lleva la esperanza de Cristo a los demás.

Alguien me dijo una vez que uno de los aspectos humildes de ministrar en las prisiones es que las personas a las que sirves nunca podrán pagarte. Lo haces simplemente porque Cristo nos llama a reconocer Su presencia en ellos. En ese acto puro de servicio, sembramos silenciosamente semillas de fe en los corazones que la sociedad a menudo pasa por alto.

Hace dos semanas, tuve el privilegio de celebrar los Sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Primera Comunión para cuatro internos en el Centro de Detención de Joliet. Su profundo deseo y reverencia me recordaron de nuevo la sabiduría de esa mujer de hace años. Tienen nombres, existen y son igual de dignos de la gracia de Dios. Tras la misa, cada recién nombrado católico ofrecía un testimonio, agradeciendo a quienes

que les trajeron a Cristo y compartieron lo perdidos que se sentían antes de ser presentados a Dios y a la Iglesia. Su deseo de aferrarse a la esperanza y vivir su nueva fe me inspiró profundamente mientras nos reuníamos en esa improvisada capilla de prisión.

Permítanme destacar el ministerio del creciente número de laicos, diáconos y sacerdotes en nuestra Diócesis que están viviendo este llamado y llevando el amor de Cristo a los encarcelados. Y lo hacen sin ningún alarde. De verdad, nadie les escribe notas de agradecimiento ni les envía regalos para su ministerio. Como Iglesia y como Diócesis, deberíamos sentirnos orgullosos de que tantos pongan su fe en acción a través de este ministerio.

En la doctrina social católica, defendemos la dignidad de cada ser humano, incluso de aquellos que han pecado o han sido rechazados por la sociedad. Como dice Jesús en el Evangelio de San Mateo: *"Todo lo que hiciste por uno de los más pequeños de estos, lo hiciste por mí."* Este es el corazón de nuestra misión. Ver a Cristo en el prisionero, el hambriento, el sediento, el no nacido, el inmigrante, la persona con discapacidad, el forastero y todos los necesitados. Es una verdadera esperanza cristiana. Es la convicción de que Cristo está siempre con nosotros y que cada persona merece ser vista, conocida y amada en Su nombre.

En unas semanas, celebraré la Misa de Navidad en el Centro Correccional del Condado de DuPage. Mientras me preparo para esa misa, por favor, sepan que llevaré conmigo vuestras intenciones en oración. Además, únase a mí en oración mientras juntos llevamos esa esperanza no solo a las prisiones, sino a todos los lugares donde la luz de Cristo sea más necesaria. Nuestros hogares, nuestras parroquias, nuestros lugares de trabajo, nuestros barrios y todos los rincones ocultos de nuestras vidas y nuestro mundo.

Que nunca pasemos por alto los lugares inesperados donde la gracia, la esperanza y la luz de Dios están esperando para romper y transformarnos a todos. Porque cuando vemos el rostro de Cristo en cada persona que conocemos, cumplimos la misión de ser discípulos que HACEN discípulos.